

EMILIA

Jesús Fuentes

Pareciera que mi mala fortuna comenzó el día en que nací, se decía Emilia. Su padre siempre había deseado un hijo varón. Tras tres abortos de Carmen, su madre, el ginecólogo les advirtió que un cuarto embarazo sería de alto riesgo, sobre todo por los antecedentes y la edad de ella, pues pasaba los treinta y nueve. Cuatro años después, a pesar de múltiples complicaciones y extremos cuidados, llegó el día de la cesárea de su madre. De los pequeños ojitos de Emilia brotaron sus primeras lágrimas..., las primeras de un largo rosario.

El día de su bautizo se impuso el machismo de su papá, quien mencionó al sacerdote: “se llama Emilia”. Saliendo de la Iglesia la condujo al registro civil, para asentar legalmente su nombre: ¡Emilia! Lo supo años más tarde. Se lo contó su mamá, un día que le pregunto el porqué de su nombre. “Ya ves, tu padre con sus ganas de tener un hijo varón; al ser tú mujercita, pues no te podía poner Emilio, como se llama él. Se amachó y dijo que serías Emilia. Yo quería haberte llamado Dominga, pues el día que naciste fue un hermoso domingo de abril, los jardines llenos de flores y las calles lucían sus jacarandas saturadas de flores lilas. Un día cálido, maravilloso”.

Aprendió a vivir así; con el cariño de su madre y la dureza de su padre, el guía de su vida. Recordó con tristeza el día que en la secundaria la obligó a cambiarse del taller de costura al de mecánica. “Tendremos en casa quien nos arregle el auto”, dijo. El tiempo siguió... él corriéndole los novios. A sus 17 abril, les informó a sus papás que estudiaría peluquería. Su padre lo aceptó con agrado.

A los siete meses ya trabajaba en esa barbería. Más lo inesperado cayó de pronto, la confinación por la pandemia del Covid-19 la obligó a permanecer en casa. Por desgracia, su madre se contagió y era ella quien salía a lo necesario, al mercado, a la farmacia. Una tarde en que salió por medicamentos, oscurecía, cuando fue atacada por tres vándalos, la condujeron a un lote baldío, tras golpearla, la derribaron, uno se le fue encima, los otros le sujetaron los brazos. Ella gritaba y hacia esfuerzos sobrehumanos para defenderse. Pataleaba. El sujeto que tenía encima, después de bajarle con brusquedad el pantalón y la pantaleta, trataba con desesperación de separarle las piernas. Emilia las apretaba con fuerza. Eso provocó la ira del depravado, quien le golpeó la boca, escurriendo un hilo de sangre por la comisura de sus labios. Ella ahogaba su llanto. Sintió el dolor, desgarrando su himen, su vida. Haciendo un último esfuerzo, logró arrancar el cubre bocas negro del sujeto y su

cara se le quedó grabada hasta lo más íntimo de su ser. El ulular de una sirena hizo que los sujetos la abandonaran, corriendo por las calles vecinas. Emilia, con su dolor a cuestas, sangrando, como pudo se arrastró hasta la banquetta de la calle, para solicitar auxilio.

En el Ministerio Público le tomaron su declaración, con frialdad inusitada. Incluso, el licenciado que la atendió, le insinuó que a lo mejor ella había sido la culpable. Se retiró decepcionada. Su padre tampoco le había creído. ¡Dónde está la justicia!, se preguntó. Aun esta tarde, sentada en este sillón, con su cubre bocas puesto, se lo pregunta. En la televisión, la imagen proyecta: “Un violador no será gobernador”; en Palacio Nacional un grupo de mujeres está manifestándose. ¡No puede ser! Pinche gobierno, los protegen, los apapachan. Mierda. Se enoja.

Hace tres semanas permitieron abrir algunos negocios, para reactivar la economía, entre ellos las barberías. Emilia apenas atendió a un cliente. El movimiento es poco todavía. Necesita dinero. Con la pensión de su padre apenas alcanza para los gastos mínimos. A Dios gracias su madre se recuperó, está bien; en espera de su primera dosis de la vacuna.

Se acerca la hora de cerrar. Un tipo de pelo largo y barba abundante, con cubre bocas negro, tras aplicarse gel en las manos, ingresa y pide le corten el pelo y arreglen la barba. Ella lo invita a sentarse en el sillón de peluquero. Le pone la bata y le pide quitarse el cubre bocas. El tipo, se descubre. Emilia, de espaldas a él, tomando lo necesario para hacer el trabajo, al ver reflejada la cara del fulano en el espejo, se queda atónita, paralizada. Es el mismo que la ultrajó, no hay duda. La misma cara que la despierta en sus noches de pesadilla. Será la justicia divina. Ella cree en Dios. Nerviosa, trata de actuar con naturalidad, espera no ser reconocida, trae doble cubre bocas. Le corta el cabello, lo recuesta en el sillón para arreglar la barba. Aplica las toallas húmedas, calientes, para humectar. Él se ve a gusto, relajado, mantiene los ojos cerrados. Emilia toma la navaja de rasurar, tranquila, con firmeza la afila una y otra vez en el asentador (correa de cuero) que cuelga junto a la silla.

Una multitud a la entrada de la barbería especula, gritan. Dentro, un hombre recostado parece dormir, con la cabeza casi desprendida y sangrando; la sangre avanza, manchando el piso de escarlata. Emilia se escurre entre las sombras de la oscuridad, que la cobija, la salvaguarda. ☒

Jesús Fuentes y Bazán (Ciudad de México, 1950). Escritor mexicano. Estudió Medicina Veterinaria y Zootecnia en la UNAM. Escribe narrativa, cuento y poesía. Ha publicado en revistas digitales e impresas nacionales e internacionales. Perteneció al taller: La catarsis literaria. Entre sus libros, cabe citar: *El principio de la noche y otros textos* (2018) y *Lo encontré en un sueño* (2019). Ha participado en varias antologías, como *Cuentos de Misterio, Suspense y Horror*, de BENMA grupo editorial (México, 2018); *Microrrelatos*, del Quinto Concurso Internacional, Comunidad Literaria Versos Compartidos (Uruguay, 2019) y *Mar abierto*, antología de relatos inéditos (Ensenada, B.C., México, 2019). Vive en Ensenada, Baja California, desde 1992.